

Olvidar el olvido

EDUARDO ALONSO

¡ES TAN BREVE el amor, y es tan largo el olvido!, se lamentaba el dolorido Neruda porque aquella chica de boina gris y olor a madre selva no le hacía caso. ¿Es largo el olvido de un amor? No para Don Juan, que en cosas de mujeres necesitaba cinco días para la faena de acoso, derribo y sustitución, pero sólo “una hora para olvidarlas”. Era un moderno: vivía al minuto, aquí te cojo, aquí te pillo. Todo lo contrario de Quevedo, que afirmó la constancia del amor más allá de la muerte y de lo que el tiempo borra: debajo de las sombras y el olvido/ beberán por demás mis secos labios... Hasta ayer, olvidar era tarea larga e infinita, quizá porque el tiempo discurría con enorme lentitud. Pero la conciencia poética moderna se construye más con las abrasiones del olvido que con la terquedad de los recuerdos. En contra de lo que susurran los boleros —dicen que la distancia es el olvido...—, no es la lejanía sino el tiempo, ese gran escultor, según Yourcenar, quien desvasta la memoria para tallar el olvido. La tarde mete sus uñas/ en el silencioso cuerpo del olvido... , escribe Angel González.

Quizá haya habido dos épocas poéticas sobre los olvidos del amor. Lo que escocía a Garcilaso, el primer poeta, quizá, que canta lo que se pierde, era el olvido en que le tenía su dama lisboeta Isabel de Freyre, “sorda a las quejas y clamores”, que vivía, como Portugal y España, tan cerca y tan lejos. El dolor de no ser recordados por las olvidadizas damas causaba a los pastores Salicio y Nemoroso tales lamentos que hasta las ovejas se embobaban al oírlos, de pacer olvidadas. Aquellos poetas relacionaron por primera vez el olvido con la soledad, y por eso buscaron un *locus amoenus* para la *saudade*, un grato paraje en la naturaleza donde expresar el llanto. Así se produjo el gran descubrimiento

sentimental de la melancolía, sentimiento renacentista varonil, excluido para las mujeres. El olvido amoroso se asoció a la pérdida de vida y la pérdida envolvió el alma de nostalgia, que es tristeza por un bien que ya no se tiene, talco del alma enamorada, “como el azúcar glasé de los pasteles”, que decía Cortázar hablando del temperamento argentino. Hubo, sin embargo, en el XVI otro uso de la palabra olvido. Expresaba el gozo de los amantes en el instante de la enajenación y por tanto de la desmemoria del propio ser, al fundirse en la persona amada como un “arroyico que cae en un río”. San Juan de la Cruz vertió a lo divino el éxtasis estático del amor en el quedeme y olvideme. Es la dulce suspensión de todos los sentidos, “entre las azucenas olvidado”.

PERO CON BÉCQUER el tormento no era la tristeza de ser olvidado, sino la angustia de no poder olvidar. Hasta el romanticismo el olvido mataba, pero a partir de entonces el poeta se mata por olvidar. El olvido es el remedio para no sufrir la espina clavada en el corazón. Pero no era fácil. Algunos escritores con conciencia de la desposesión se dieron al alcohol y al pingajo de la bohemia para olvidar y olvidarse. O adoptaron la imagen del hombre errante, sin Itaca, condenado a vagar o a poner tierra de por medio... Porque el olvido no es el negativo de la memoria, sino su complemento, y pasa a ser concebido como un espacio. Hasta la frase hecha lo registra: “enterrar en el olvido”. La memoria y el olvido adquieren tono trágico a medida que el sinsentido se

instala en la vida sin un bien supremo. En literatura el olvido siempre es elegíaco.

Matarse para olvidar era el deseo del romántico, desconocedor de la resignación agnóstica en que se instala la modernidad. Donde habite el olvido, allí estará mi tumba, decía Bécquer, y Cernuda continuó ese mismo afán de desaparecer “en los vastos jardines sin aurora”. En el hombre moderno compiten el yo memorioso y el yo olvidadizo en el intento de obtener mayor valoración de la identidad. Proust mordisqueaba una magdalena empapada en la taza de té y al saborearla recobraba el tiempo perdido en la memoria. Machado, en cambio, por las mismas fechas, o un poco antes, formuló su teoría del olvido voluntario. El poeta desdeña los detalles o virtutas con los que trabaja el



“Mujer con velo”, de Odilon Redon.

novelista para quedarse sólo con una impresión o una imagen esencial que le revelen la dimensión del tiempo, es decir, de la existencia. Hasta para amar, hay que saber olvidar: para quererte, te olvido. Algo parecido cantaba Jacques Brel, que fue para algunos de nosotros que íbamos de Neruda ovetenses, bajo el orbayu, pero sin chica con boina gris, un consejero sentimental: ne me quitte pas/ il faut oublier/, oublier le temps / des malentendus... Hay que olvidar las horas que matan el amor.

¿Es largo el olvido? Quizá hoy sea menos largo que ayer, pero más breve que mañana. Esa cuestión no parecer tener ahora mucho busilis, ni siquiera para los poetas de la experiencia. Estamos como en medio de un tornado, por una parte el mundo ofrece infinidad de aparatos contra la desmemoria y en un soplo puedes tener a mano una vasta documentación electrónica, pero por otra parte todo discurre a velocidad de vértigo, on line, al instante: melón y tajada en mano, tras la gloria del instante. Ahí está el quid, como nos advirtió Borges el memorioso, que la gloria es una forma de olvido.

El olvido amoroso se asoció a la pérdida de vida y la pérdida envolvió el alma de nostalgia, que es tristeza por un bien que ya no se tiene, talco del alma enamorada